

Nicolái Ivánovich Bujarin.

Bujarin y la revolución bolchevique

Manuel Pérez Ledesma

DURANTE varias décadas, la historiografía soviética y occidental sobre la Revolución rusa estuvo dominada, de forma casi obsesiva, por el estudio de los «vencedores» en las distintas etapas del proceso revolucionario. Era la historia de los bolcheviques, y no de los mencheviques; de Lenin, más que de Plejanov; de la corriente triunfadora de las luchas de los primeros años de la revolución, y no de los sectores derrotados (anarquistas, socialistas revolucionarios, Oposición Obrera...); de Stalin, y no de Trotski, Zinoviev, Kamenev o Bujarin. En la historiografía soviética oficial, esta tendencia alcanzó dimensiones casi patológicas durante el período stalinista: los derrotados desaparecieron de los textos seudohistóricos, o sólo permanecieron para ser denigrados con la mayor ferocidad. Por citar sólo un ejemplo, en el manual de Historia del PCUS, aprobado por el Comité Central del Partido en 1938 y considerado durante años como texto oficial, los trotskistas aparecían definidos como «una banda de guardias blancos, asesinos y espías», mientras Bujarin y sus seguidores recibían calificativos como «capitulacionistas de derecha», «oportunistas de derecha», «políticos de doble cara»... (1).

¹ Histoire du Parti Communiste (bolchévik) de l'URSS (Editions en Langues Etrangères. Moscú, 1946), págs. 384 y ss.

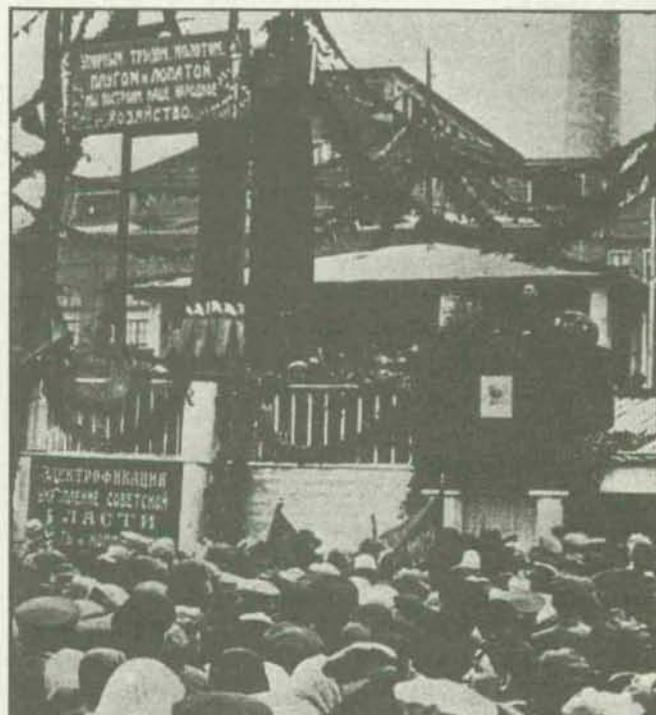
SIN llegar a estos extremos, también en Occidente se insistió durante décadas en el análisis histórico, favorable o adverso, de los vencedores, abandonando el estudio de los sectores populares derrotados en aras de una comprensión «realista» del proceso revolucionario. El recuerdo de las tentativas reformistas o revolucionarias discordantes con el sector triunfante quedó reducido a la memoria política y a los escritos polémicos de los supervivientes de cada fracaso, arrinconados en un mundo cuya división en bloques dificultaba las matizaciones y obligaba a tajantes tomas de posición, e imposibilitados —por su propio papel protagonista de las luchas que trataban de narrar— para adoptar la actitud distanciadora a que obliga ineludiblemente el quehacer historiográfico. Quizá Isaac Deutscher fue el único que, durante los veinte años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, supo aunar el rigor histórico y la capacidad crítica necesaria para reconstruir la trayectoria de un sector de los vencidos, la corriente trotskista, a cuyo principal protagonista dedicó su biografía más importante.

Afortunadamente, esta situación ha cambiado de forma radical en los últimos años. El renacimiento del interés por la Revolución soviética, y la creciente «crisis de confianza» de los historiadores progresistas ante las descripciones habituales del proceso, han impulsado a nuevas investigaciones sobre los sectores marginados por el triunfo del leninismo y su conversión progresiva en el stalinismo. De esta forma, en pocos años hemos asistido a la recuperación para la Historia de figuras como Plejanov, el «padre del marxismo ruso» (2); de movimientos revolucionarios ajenos al bolchevismo, como la corriente anarquista y su plasmación en Ucrania (3); de intentos de organización obrera, como los Consejos obreros y los sistemas de control obrero (4); o de corrientes disidentes en el seno del Partido bolchevique, como la Oposición Obrera (5). En todos estos casos, y en otros que no mencionamos por no fatigar innecesariamente al lector, la apuesta historiográfica por los «venci-

dos» ha demostrado ser especialmente fructífera: poco a poco ha ido surgiendo una imagen mucho más compleja, más rica y fecunda que la aceptada tradicionalmente, de la primera fase de la Revolución.

Pero el progreso historiográfico no se ha limitado a los años 1917-1921, a los que corresponden fundamentalmente los trabajos citados. También la siguiente etapa de la Revolución, que comienza con la implantación de la «Nueva Política Económica» (la NEP) y culmina, tras la muerte de Lenin y la agudización de los debates entre los distintos sectores del partido, con el triunfo del stalinismo, empieza a ser objeto de una reconsideración orientada a recuperar las grandes figuras revolucionarias derrotadas, y finalmente aniquiladas, por la nueva corriente dominante. En esta labor de revisión, el libro de Stephen Cohen, **Bujarin y la revolución bolchevique** (6), parece destinado a ocupar, a partir de ahora, un puesto de primera importancia. No sólo por su descripción rigurosa y original del período de la NEP, considerado normalmente como una etapa de transición amenazada por el resurgir del capitalismo, y que Cohen define, en cambio, como la plasmación de un comunismo «razonable», sin grandes tensiones sociales y con un apreciable desarrollo económico y cultural. Sobre todo, su importancia radica en el intento por definir el contenido de una línea

⁶ Stephen F. Cohen: **Bujarin y la revolución bolchevique** (Ed. Siglo XXI. Madrid, 1976, 585 págs.).



Es en el período de la NEP (Nueva Política Económica), cuando Bujarin emprende la elaboración de una línea propia que determina toda la actuación en el resto de la década de los veinte. En la foto, inauguración de una central hidroeléctrica (1922), muestra de dicha planificación económica.

² Samuel H. Baron: **Plejanov, el padre del marxismo ruso** (Ed. Siglo XXI. Madrid, 1976).

³ P. Avrich: **Los anarquistas rusos** (Alianza Editorial. Madrid, 1975). Junto a esta obra, conviene mencionar la reedición de algunos textos clásicos de esta corriente, como la **Historia del movimiento macknovista**, de P. Archinov (Colección Acracia, Ed. Tusquets. Barcelona, 1975), o **La Révolution incon nue**, de Voline (Pierre Belfond, Paris, 1972).

⁴ M. Brinton: **Los bolcheviques y el control obrero** (Ruedo Ibérico, Paris, 1972); Ana Pankratova: **Los consejos de fábrica en la Rusia de 1917** (Ed. Anagrama. Barcelona, 1976).

⁵ **Documentos de la Revolución Mundial, I: Democracia de trabajadores o dictadura de partido** (Ed. Zero. Algorta, 1971); A. Kolontai: **La Oposición Obrera** (Ed. Anagrama. Barcelona, 1975).



La muerte de Lenin daría origen a una agudización de la polémica interna entre los diversos sectores del partido comunista de la Unión Soviética. Varios de estos acompañantes del féretro del gran dirigente revolucionario (entre los que Bujarin es el primero a la derecha) iban a protagonizar un período que culmina con el triunfo del stalinismo.

política «bujarinista», olvidada por la mayoría de los historiadores, pese al papel destacado que desempeñó en la década de 1920.

La óptica en que se inserta esta recuperación del «bujarinismo» contrasta abiertamente con algunos tópicos habituales entre los historiadores críticos del proceso revolucionario. Como señala su autor en las primeras páginas de la obra, su estudio debe entenderse como «una contribución al continuo esfuerzo de varios investigadores para revisar la interpretación habitual que ve la Revolución bolchevique después de la muerte de Stalin como una rivalidad entre Stalin y Trotski». Frente a ella, se apresura a afirmar que «a mediados de los años veinte, tanto Bujarin como lo que él representaba y sus aliados eran más importantes en la política y el pensamiento bolchevique que Trotski y el trotskismo» (pág. 3). En esta perspectiva, que ha llevado a Marcel Liebman a definir a Cohen como el «anti-Deutscher» (7), se encuentra uno de los méritos fundamentales del trabajo que comentamos; pero también una de sus insuficiencias más visibles, al infravalorar la importancia de Trotski y la «oposición de izquierda» como un simple grupo de disidentes, sin base social y condenados por sus propios errores estratégicos y tácticos.

Ahora bien, ¿quién era Bujarin, y en qué consistía la línea política bujarinista, que Cohen trata de recuperar para la historia? Bujarin fue, al mismo tiempo, el más joven y el más capacitado en el terreno teórico de los principales dirigentes del partido; «el más intelectual y culto de los líderes políticos bolcheviques», según afirma su biógrafo. Su capacidad

teórica se manifestaría desde fecha muy temprana. Nacido en 1888, en 1911 se vio obligado a salir de Rusia como consecuencia de la persecución emprendida contra él tras sus primeras actividades políticas en el seno del partido bolchevique. Durante su emigración, liberado del trabajo clandestino cotidiano, se dedicó al estudio de las teorías económicas y sociales contemporáneas y su confrontación con la doctrina marxista. Fue en esta época de reflexión en la que redactó sus dos primeros libros: **La economía política del rentista**, un ataque al marginalismo austriaco, considerado como «la ideología del burgués que ha sido eliminado ya del proceso de producción», es decir, del rentista; y **La economía mundial y el imperialismo**, uno de los estudios fundamentales sobre la etapa imperialista del capitalismo en el siglo XX, en el que se apoyaría Lenin, pese a la existencia de algunas diferencias entre las concepciones de ambos, para la redacción de su conocido folleto **El imperialismo, estadio supremo del capitalismo**. A su vuelta a Rusia, en mayo de 1917, su reputación teórica y su proximidad a las posiciones de izquierda defendidas por Lenin en aquel momento (una vez superadas las diferencias y malentendidos entre ambos) le abrirían el camino para un rápido ascenso en el seno del partido: antes de la Revolución de Octubre, se había convertido en el dirigente más destacado del partido en Moscú y en uno de los veintiún miembros de número del Comité Central de la organización.

Su ascenso se consolidó en los años siguientes gracias a la aparición de sus escritos «teóricos» y «populares» más importantes. Entre ellos, **El ABC del comunismo**, redactado en colaboración con Preobrajenski, y destinado a suministrar «una explicación popular del programa del Partido Comunista de Rusia»,

⁷ Marcel Liebman: «Bukharinism, Revolution & Social Development», *The Socialist Register* 1975), pág. 75-93. (Merlin Press. Londres, 1975).

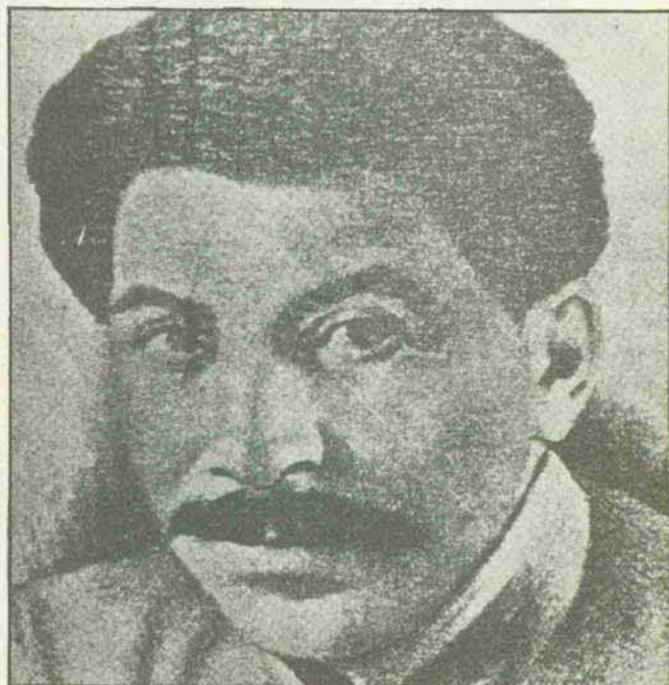
llegaría a ser la explicación más conocida, en Rusia y en el resto del mundo, de la ideología bolchevique en el período pre-staliniano. Aunque no era evidentemente su obra más ambiciosa y original; elevó la reputación teórica de Bujarin hasta convertirle, en frase de Cohen, en «el sumo sacerdote del bolchevismo ortodoxo» (pág. 123). Junto a ella, los libros publicados en 1920 y 1921, la **Teoría económica del período de transición** y la **Teoría del materialismo histórico**, justifican las alabanzas de Lenin en su «testamento»: «Bujarin no sólo es un valiosísimo y notable teórico del partido, sino que, además, se le considera legítimamente el favorito de todo el partido» (aunque Lenin en su «testamento»: «Bujarin no sólo es tico» de las concepciones bujarinistas, derivado de su escasa comprensión de la dialéctica marxista).

De todas formas, sólo en el período de la NEP, al tiempo que sus primeras ilusiones radicales iban dejando paso a una actitud más crítica hacia el «comunismo de guerra» y las posiciones de izquierda en el seno del partido, emprendió Bujarin la elaboración de una línea política propia que determinaría toda su actuación durante el resto de la década. Apoyándose en los últimos escritos de Lenin, en 1924 había adoptado ya unas tesis que con el tiempo reafirmaría y profundizaría: de acuerdo con ellas, el desarrollo hacia el socialismo era un proceso lento de carácter «evolucionista», y no permitía una aceleración que pusiera en peligro los progresos económicos alcanzados hasta entonces. Dos años más tarde, estas tesis se habían convertido en un programa económico y político definitorio de un comunismo «de derechas», cuyos ejes principales eran el «gradualismo evolucionista» y la defensa del campesinado. La necesidad de mantener unas relaciones armoniosas entre la ciudad y el campo representaba para Bujarin el primer principio político, al que debían supeditarse todas las demás decisiones. De él derivaba su invitación al enriquecimiento de los campesinos medios, y hasta de los **kulaks**, y su oposición a una industrialización rápida, como la reclamada por la izquierda, que pusiera en peligro la prosperidad del campo y la armonía entre los sectores urbano y campesino de la población.

Este planteamiento, cuya conclusión más evidente era el mantenimiento de la NEP durante un largo plazo, estuvo acompañado por una clara percepción de los problemas políticos que podía suscitar un autoritarismo excesivo. El resumen de Cohen es suficientemente expresivo al respecto: «*Al creer en el sistema de un solo partido, esperaba la 'hegemonía' bolchevi-*

que en la vida económica, cultural e ideológica; pero también toleraba, e incluso aplaudía, el pluralismo que caracterizó estas áreas durante el período de la NEP. Sensible a los presagios del 'nuevo Leviatán', alarmado retrospectivamente por los excesos del comunismo de guerra, se oponía a hacer omnipresentes y omnipotentes las 'organizaciones básicas' de la dictadura (...). Habiendo dejado de ser ya defensor de la 'estativación', era uno de los bolcheviques menos 'totalitarios'. (...) Sus adversarios menos hostiles indicaron a veces que Bujarin estaba equivocado porque ofrecía soluciones blandas a los duros problemas de la industrialización y la modernización» (pág. 293).

Pero en este panorama luminoso descrito por Cohen, hay que introducir algunas sombras que el biógrafo, influido sin duda por la simpatía hacia su personaje, no destaca con suficiente claridad. Las opciones políticas de Bujarin no impidieron que, durante los años en que compartió el poder supremo con Stalin (el «duunvirato» de 1926-27), aceptara e incluso fuera cómplice de los crecientes ataques a la izquierda, que acabaron con la expulsión del partido, el encarcelamiento o el destierro de los líderes de esta corriente. Tal complicidad le llevaría incluso a no enfrentarse abiertamente con Stalin en el momento de la ruptura de la coalición. En lugar de movilizar el apoyo popular con que sin duda contaban, para oponerse al poder de Stalin basado en su control burocrático del partido, Bujarin y sus aliados Rikov y Tomski sólo mantuvieron en los años 1928-29 una tímida lucha en el interior del



Las opciones políticas de Bujarin, pese a ser contrapuestas con las de Stalin —en el grabado—, no le impidieron colaborar con éste durante los años (1926-27) en que ambos comparten el poder supremo. De esta manera, secundó la represión staliniana contra quienes se hallaban a la izquierda del partido.

aparato partidista, y acabaron claudicando cuando su derrota en el seno del mismo era ya evidente. En noviembre de 1929 admitían sus «errores» en una declaración que, como reconoce el mismo Cohen, era «una rendición política y el fin de la oposición bujarinista». «Consideramos nuestro deber —afirmaban en su retractación— declarar que en esta disputa el partido y su Comité Central estaban en lo correcto. Nuestras opiniones... han resultado erróneas. Reconociendo nuestros errores... llevaremos a cabo una lucha decisiva contra todas las desviaciones de la línea general del partido, y sobre todo contra la desviación de-rechista.»

No era sólo una claudicación: era, sobre todo, el fin de una alternativa política de comunismo «moderado» y «razonable», derrotada por su incapacidad para plantear abiertamente la lucha contra el stalinismo. A partir de ahora, Stalin tenía las manos libres para llevar a cabo su política de rápido desarrollo de la industria pesada y de colectivización forzosa, con todos los costes sociales que Bujarin había tratado de evitar, y que teñirían de sangre a la Unión Soviética durante la década de 1930.



En 1929, Bujarin admite los «errores» cometidos en su línea política y económica a través de una declaración que supone el fin de la oposición que él protagonizaba desde tiempo atrás. (A tales años corresponde el cartel que figura sobre estas líneas, realizado por A. Rodchenko para el Club de Trabajadores de la URSS).

Ante tal resultado final, resulta difícil aceptar por entero el juicio de Cohen sobre la coherencia teórica y la importancia política de la línea bujarinista: a diferencia de los trotskistas, que a pesar de sus errores mantuvieron en todo momento una clara actitud de condena del stalinismo, los silencios, las transacciones y complicidades de Bujarin y sus partidarios no permiten definirlos como una auténtica alternativa frente a Stalin, capaz de atraer a los marxistas partidarios de un cambio de orientación del proceso revolucionario. Aunque después de su derrota Bujarin se esforzó, durante la década de 1930, por mantener viva la tradición del marxismo clásico frente a la petrificación dogmática, y trató de conservar su dignidad ante las repulsivas acusaciones de Vishinski en el proceso de 1938, hay cierta parte de verdad en las críticas de Carr, que Cohen, por supuesto, no comparte. Para el principal historiador de la revolución rusa, nuestro personaje aparece como «una de las figuras trágicas de la revolución. Sin embargo, su tragedia carece de grandeza: es la tragedia de un hombre débil, amable e inteligente, atrapado en un torbellino de acontecimientos demasiado grande para su estatura moral» (8).

Y si de la valoración de la persona pasamos a la valoración, más importante, de la corriente ideológica, también parece excesivo el intento de Cohen por atribuir al bujarinismo una influencia decisiva sobre los procesos reformistas de algunos países comunistas actuales (Yugoslavia, Hungría, Polonia, Checoslovaquia). Aunque varios proyectos de reforma defendidos en dichos países puedan tener un cierto parecido con diversos postulados bujarinistas (Cohen menciona, en concreto, «el socialismo de mercado, la planificación y el crecimiento económico equilibrado, el desarrollo evolucionista, la paz civil, el sector agrícola mixto, y la tolerancia del pluralismo social y cultural dentro del marco del Estado de un solo partido»), es difícil deducir de ello una estrecha relación de dependencia teórica. No hay suficientes pruebas para aceptar, en base a este parentesco, la afirmación con que Cohen culmina su libro: «La visión de Bujarin y el orden al estilo de la NEP que él defendió puede que hayan sido, después de todo, la verdadera prefiguración del futuro comunista, la alternativa al stalinismo después de Stalin». De hecho, fueron otros los verdaderos combatientes contra el stalinismo, y la historia no debe olvidarlo ni ocultarlo ■ M. P. L.

⁸ E. H. Carr: *El socialismo en un solo país (1924-26)*, vol. 1, pág. 180-181 (Alianza Editorial, Madrid, 1974).